

Historia para un libro Zig Zag sobre la

La isla de Pascua

La isla de Pascua del holandés Roggeveen, o la San Carlos de los españoles, o la Mata-Kiraungi, o Vaihú, o Teapi, o Hititeairagi, o Kitite-rangea, o Rapa-Nui o Tepito-te-henúa (el ombligo de la Tierra), es, entre todas las que pueblan las aguas del Pacífico del Sur, la isla misteriosa por excelencia. Menos rica y menos hermosa que sus compañeras, tiene, en cambio, algo que las otras no han tenido ni tendrán: una incógnita etnológica y arqueológica que parece ya indescifrable y que es quizá única en el mundo. En efecto: ¿qué pueblo o qué individuos la habitaron originariamente y qué pueblo o qué individuos construyeron sus estatuas megalíticas y escribieron, con signos ideográficos, sus preciosas tabletas? No fueron, por supuesto, ~~sus actuales habitantes, que ignoran, tanto como nosotros, el origen de aquellas esculturas y el de esas tabletas. ¿quiénes fueron, entonces,~~ ¿quién se hicieron? literatura Chilena

El misterio, sin embargo, no se reduce al origen y destino de los constructores de aquellas enormes estatuas ni al origen y destino de los grabadores de estas tabletas. Está también la finalidad y número de las primeras y la utilidad de las segundas. Se comprende que un pueblo o un grupo de individuos construya, con un fin determinado cualquiera, ritual o simplemente decorativo, una, dos y hasta diez o más estatuas, estatuas que estarán, de todos modos, colocadas en cierta parte y en cierta forma; pero tallar en piedra quinientas y tantas estatuas, algunas de cinco metros de altura, y dejarlas desparramadas por todas partes, incluso cuarenta de ellas dentro del cráter de un volcán, resulta algo incomprensible y chocante. Algunas de esas estatuas están terminadas; otras, a medio hacer; muchas, apenas empezadas. ¿Por qué no fueron ubicadas las primeras en el sitio en que seguramente se pensó colocarlas? ¿Por qué siguieron construyendo más y más, todas de tamaño diferente y parecida expresión? ¿Por qué se hicieron tantas, para qué se hicieron y por qué se dejaron

tal como las halló el holandés Roggeveen en el día de Pascua de Resurrección de 1772? Misterio. Igual cosa sucede con las tabletas: no se conoce ni su origen ni su utilidad y la traducción de una de ellas nos pone en conocimiento de algo que no es una oración, una carta o una historia. Más bien parece un poema narrativo. ¿Era, acaso, aquel pueblo, un pueblo de talladores y poetas, talladores y poetas que trabajaban y grababan la piedra únicamente por el placer de hacerlo, por amor al arte?

Pero aun hay más: tales esculturas, así como las ciclópeas obras de mampostería que les servían de base, y los edificios de piedra que se hallaron en la isla, algunos de cien metros de largo y con murallas de un metro y cincuenta centímetros de altura y espesor, no pudieron ser ejecutados por una población poco numerosa. Se necesitaron muchos individuos para transportar, colocar, pulir y tallar aquellos enormes trozos de traquítica gris. Y si se piensa que la isla de Pascua no tenía sino poquísima agua potable y muy escasos alimentos, llega uno a preguntarse dónde y cómo vivieron o pudieron vivir todos aquellos seres. La teoría de que la isla de Pascua no es más que el resto de una isla cuya mayor parte desapareció un día bajo las aguas del Pacífico a causa de la explosión de un volcán o de otro fenómeno geológico cualquiera, no es de ningún modo absurda.

Situada en un punto casi equidistante de nuestras costas y las de Australia, perdida en alta mar, la misteriosa isla de Pascua, con sus talladores y poetas, sus hombres eternamente sedientos y sus pájaros sagrados, sus estatuas y sus codiciadas tabletas, parece querer negar, al conocimiento del hombre, su origen y su historia.

Stephen Chauvet, animosamente, emprende en este libro, sin duda el más completo que se haya escrito sobre esa isla, la tarea de levantar siquiera en parte la pesada lápida que oculta el pasado de la Oster Eilandt. Minuciosamente, y con riguroso método científico, alejándose en lo posi-

ble de falsas o fabulosas historias e interpretaciones, ciñéndose a los materiales de que se dispone y no aceptando más que lo establecido, nos da a conocer lo que de la isla se sabe y lo que de ello se puede deducir.

Algún lector encontrará que el libro de Stephen Chauvet no dice todo lo que él, como lector, esperaba; no se puede negar, sin embargo, que dice todo lo que puede decirse. Exigirle más sería obligarlo a abandonar su línea de seriedad científica y a entrar al terreno de las elucubraciones sin responsabilidad. Historia, geografía, costumbres, trajes, tradiciones, leyendas, mitos, ritos, morfología, filología, ¿qué más? Lo demás pertenece al misterio, ese misterio que, junto con lo que de ella se sabe, constituye el encanto de la isla de Pascua.

CELICH UC

Además de los datos que se refieren a la isla en sí misma, se encontrarán en este libro todos los que se relacionan con lo que los extranjeros han hecho a favor y en contra de ella y de sus habitantes. Los que no se hallarán son los que se refieren a lo que, en contra y a favor, ha hecho Chile, que tomó posesión de la isla el 9 de Septiembre de 1888, no sin antes haber consultado las pretensiones que Francia podía tener.

Sin entrar en largas disquisiciones históricas se puede asegurar que la suerte de la isla de Pascua, antes y después de la posesión de Chile, ha sido la misma que han corrido las demás islas del Pacífico del Sur, sometidas, como la Tepito-te-henúa, a la dominación formal o informal de una potencia o país cualquiera: en primer lugar, saqueamiento de sus tesoros o riquezas; en segundo, explotación, envilecimiento y aniquilación de sus habitantes. El funesto sistema de concesión o arrendamiento de una parte extraterritorial de un Estado a un individuo o grupo de individuos, sin otra responsabilidad ^{la de} que pagar de algún modo esa concesión o arrendamiento, ha dado en la isla de Pascua los fatídicos frutos que ha dado en todas

partes. La banda internacional de bandidos que se esconden bajo la denominación de colonizadores, arrendadores, concesionarios y otros apodos no menos aviesos, ha dejado en la isla de Pascua fatídicos recuerdos. A esa banda se agregó otra, la de los traficantes en carne humana, salteadores que en varias ocasiones, valiéndose del engaño y de la fuerza, arrebataron a la isla numerosos hombres y mujeres. Estos infelices, llevados a otras islas del Pacífico -- algunos a Más Afuera -- o a las costas de nuestro continente -- muchos fueron llevados a las minas del Perú o a las guaneras de las islas Chinchas -- no volvieron a su tierra sino en contadas ocasiones. Y los que volvieron llevaron a la isla el germen de la viruela, primero, y el de la lepra, después.

La gestión de Chile en la isla de Pascua ha estado muy lejos de ser feliz. Proclamada la soberanía y adquiridos algunos de los bienes que ciertos piratas o socios de piratas poseían en la isla, el gobierno siguió la tradicional y funesta política que han seguido casi todos los gobiernos del mundo en iguales asuntos: el 3 de Septiembre de 1895 fueron entregados a un particular, en arrendamiento y por un cánon de un mil doscientos pesos anuales, los terrenos, edificios, enseres y animales que el Fisco poseía en la isla, o sea que por la miseria de un mil doscientos pesos anuales, el gobierno entregó a un arrendador no sólo el derecho de explotar para sí una parte del territorio nacional, patrimonio de la nación, sino que también el de explotar a los isleños, que eran tan chilenos como los firmantes del contrato de arrendamiento. ¿Pará esto se había Chile anexado la isla y proclamado en ella su soberanía?

Un arrendamiento siguió a otro y con el tiempo se formaron sociedades anónimas para explotar la isla, sin que, entretanto, nadie supiera la suerte que corrían los isleños, peor aun, sin que nadie se interesara por ellos. En 1916, sin embargo, se supo la verdad: el obispo don Rafael Edwards, vicario militar de la república y administrador del lazareto

de Pascua, denunció ante la opinión pública, después de una visita hecha a la isla, la inicua explotación de que eran víctimas los indígenas por parte de los arrendatarios de la isla. Sin ropas, sin salarios, desnutridos, los pobres isleños morían en medio de la más inhumana de las esclavitudes.

Esa denuncia, que puso en peligro el prestigio de Chile, no fué, sin embargo, suficiente. Durante años y años se siguió con la isla la misma política de abandono. Mientras la compañía explotadora repartía suntuosos dividendos a sus accionistas, los isleños seguían sumidos en la misma esclavitud. Sólo en 1936, cuarenta y ocho años después de proclamada la soberanía de Chile sobre la isla de Pascua, se dictó un reglamento de vida y trabajo que puso fin, en parte, a la terrible situación de los indígenas.

En 1935 se declaró a la isla parque nacional; en 1938, monumento histórico.

Manuel Rojas

CELI CH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©